

CONFERENCIAS



fundación para el análisis y los estudios sociales



LA FUERZA DE LAS IDEAS Y EL FUTURO DE IBEROAMÉRICA

José María Aznar

(México, 21 de febrero de 2006)

Es para mi un inmenso placer participar en este seminario sobre “La fuerza de las ideas y el futuro de Iberoamérica”, que hemos organizado la Fundación Rafael Preciado Hernández y la Fundación FAES. Entre otras cosas, es una oportunidad para regresar a México, donde siempre me siento acompañado por muy buenos amigos. Hoy están con nosotros algunos de ellos, a los que agradezco muy vivamente su presencia y sus aportaciones a este seminario. Sé que han hecho un esfuerzo importante para estar con nosotros. Muchas gracias.

Quiero felicitar a la Fundación Rafael Preciado Hernández por la labor que está desarrollando. Y que conste también nuestro agradecimiento por haber trabajado con tanto entusiasmo y eficacia en la organización de este seminario conjunto con la Fundación FAES.

Nuestras dos fundaciones comparten principios y valores. Quienes nos reunimos hoy aquí tenemos un mismo concepto de la dignidad de la persona, de la libertad y de la responsabilidad individuales, de la democracia y los derechos humanos. También sabemos de la importancia que tienen las ideas para hacer política. Estamos convencidos de que las ideas tienen consecuencias y de que, si son buenas, son el fundamento de una acción política digna y coherente.

Cuando la acción política carece de ideas y de convicciones, el poder se convierte en nihilismo. El nihilismo, la ausencia de valores y de creencias, hace imposible el diálogo, el respeto y la tolerancia. Por eso la ausencia de ideas y de convicciones es tan peligrosa en la política y en todos los aspectos de la vida.

No es casualidad que las sociedades más abiertas, más libres y más tolerantes, y también las más prósperas, son aquellas que tienen como fuerza de inspiración unos valores, unos principios y unas creencias que son capaces de asumir y de defender. Son sociedades que han basado su desarrollo en principios y valores sólidos.

Me gustaría también hacer una reflexión sobre Iberoamérica. Iberoamérica es una Comunidad que se ha formado a lo largo de la Historia. Los vínculos de la lengua, de la cultura, de las relaciones entre las personas, lo que podríamos denominar la razón vital, ha precedido a la razón administrativa.

Los españoles sentimos como nuestro lo que pasa en Iberoamérica. Y la razón es que somos iberoamericanos. No se puede se puede explicar España sin la dimensión americana, que da a nuestro proyecto de convivencia raíces, profundidad y sentido. Y creo que lo mismo vale de este lado del Atlántico en relación con España y Portugal.

Pero lo que me gustaría resaltar hoy es que nuestra comunidad iberoamericana está basada en principios. En el concepto de Iberoamérica está ligado a una idea de la persona y de su dignidad inalienable; de las libertades fundamentales, del respeto a los derechos humanos y de la democracia.

Sin duda alguna que estos conceptos y valores tienen una validez y una proyección universal. Pero no debemos olvidar que están indisolublemente enraizados en el propio nacimiento de nuestra Comunidad.

Y aunque puede haber, como ha habido y hay, circunstancias en las que estos principios no hayan tenido plena vigencia consideramos que esas circunstancias son ilegítimas y transitorias, por mucho que puedan durar hasta 47 años. No conviene olvidar esta realidad.

Por esas raíces precisamente creo que Iberoamérica es, ante todo, una inmensa oportunidad en el mundo de hoy. Nuestra fortaleza se basa en siglos de historia vividos en común. En la complicidad que subsiste entre nosotros. En la ventaja que supone compartir veintiuna naciones en los dos lados del Atlántico una misma raíz cultural, política y jurídica. Nuestro idioma nos ofrece además un indudable puente de entendimiento.

Todo ello imprime un carácter muy singular a nuestras relaciones. Pero además hay que recordar que nuestra comunidad es incluyente, que no se ha construido ni se construye frente a nadie.

Iberoamérica es, además, una comunidad que crece. La presencia de miles de inmigrantes iberoamericanos que participan activamente en las sociedades europeas y en los Estados Unidos es un fenómeno nuevo y que tendrá consecuencias de largo alcance. Esta nueva convivencia fortalecerá sin duda el espacio iberoamericano.

Para los españoles, en particular, la experiencia de vida compartida con personas de *nuestra familia*, si se me permite la expresión, es un acicate para revitalizar nuestra dimensión iberoamericana.

Por todas estas razones, y otras muchas, aprovechar nuestras fortalezas debería constituir una prioridad para Iberoamérica. Sobre todo porque la experiencia de los últimos años muestra que se han logrado avances significativos para consolidar el desarrollo y la democracia liberal en la Comunidad Iberoamericana.

Pero siendo realistas veremos que aún quedan muchas posibilidades para abordar con optimismo el futuro de esta región. Y también diremos que han aparecido nubarrones amenazantes para un futuro de libertad, democracia y desarrollo en nuestra comunidad.

Iberoamérica tiene sin duda alguna la oportunidad de acabar con la pobreza. Pero la triste realidad es que, mientras los índices de pobreza están descendiendo en otras regiones del planeta, en América Latina se han estancado. Y bajo este dato frío se esconde la terrible realidad de millones de personas que sufren una situación de pobreza que, sin embargo, es posible superar. Y si esa pobreza persiste mucho se debe a prejuicios ideológicos y a la falta de aplicación coherente de políticas sensatas.

Mientras se siga enfocando la creación de riqueza como un acto insolidario, como un juego de suma cero, se seguirá condenando a muchas personas a la pobreza. Sabemos que el acceso a los mercados, el funcionamiento de un Estado de Derecho fiable que garantice derechos y provea seguridad, o la existencia de una administración transparente y responsable han sido la clave para salir de la pobreza en otras partes del mundo.

No hay ninguna razón para que esa experiencia histórica de muchos países no sea aplicable también a Iberoamérica.

Todos conocemos las dificultades que hay para garantizar la propiedad privada en muchos países de América Latina. Una garantía efectiva del derecho de propiedad beneficiaría, sin duda alguna, a los más pobres. No es casualidad que las naciones más prósperas, las que han alcanzado cotas más altas de bienestar y desarrollo, sean aquellas que han garantizado eficazmente los derechos y libertades de las personas.

Iberoamérica tiene también la oportunidad de reforzar la institucionalidad. No hay desarrollo posible sin democracia y sin estado de Derecho. Sin instituciones que funcionen. Y desde luego Iberoamérica no está condenada a no tenerlas. El precio de no trabajar por ello es deslizarse por la pendiente que lleva a la ley de la selva.

Instituciones son partidos políticos solventes, que ofrezcan un proyecto para el país, que respeten las reglas del juego democrático y que sirvan como canales de participación de los ciudadanos.

Instituciones es también la independencia de los diferentes poderes, en especial del poder judicial, reglas del juego claras y duraderas, y sistemas en los que cada uno cumpla su función y no interfiera en las que no le corresponden.

Instituciones, hoy hay que decirlo claro y fuerte, es la libertad de expresión, que no puede tener otros límites que los que marca la ley.

La libertad de expresión es un derecho fundamental, inalienable y esencial para que haya libertad y una democracia que merezca ese nombre. Hay que ser conscientes de que se coarta el verdadero desarrollo del proceso democrático cuando se obstaculiza el libre debate de las ideas y se enmudece a los medios de comunicación. Vemos con tristeza que en algunos lugares de Iberoamérica, y no sólo en Cuba, hay que afirmar la vigencia de esta libertad porque está en retroceso.

Iberoamérica tiene también la oportunidad de derrotar al terrorismo, que en esta región cada vez afianza más su relación de doble dirección con el narcotráfico.

El terrorismo es una amenaza a nuestras libertades. Hoy tiene una dimensión global. Iberoamérica debe desempeñar un papel activo y leal en la lucha contra quienes quieren imponer su tiranía y acabar con las libertades que ha conseguido la civilización.

Porque esa amenaza ya está aquí presente. Lo sufre cada día la democracia colombiana. Y también hemos visto actuar cruelmente hace años a los terroristas islamistas.

Para acabar con esta amenaza hay que utilizar todas las armas del Estado de Derecho y mantener una cooperación leal y efectiva con el resto de las democracias. Iberoamérica no puede estar al margen en esta lucha por la democracia, la libertad y la civilización.

No hay otro camino para lograr el desarrollo que el de las instituciones democráticas. El conjunto de nuestros valores, la democracia, la libertad, la supremacía de la ley, son los que llevan al desarrollo y a la sociedad abierta.

Pero hoy Iberoamérica se enfrenta a un viejo enemigo de la modernidad, que aparece con nuevos ropajes. Un enemigo del progreso y de la libertad, que puede llevar a Iberoamérica a la irrelevancia o a la división entre una parte decidida a caminar hacia el Primer Mundo y otra perdida en la persecución de proyectos fracasados.

El populismo revolucionario, fenómeno tan bien estudiado por políticos y académicos, algunos de ellos hoy aquí presentes, se caracteriza por confundir a la opinión pública ofreciendo la recompensa de un mundo mejor que nunca llega.

El populismo crea disensos en lugar de consensos, concentra y corrompe el poder. El populismo no sirve a las personas, sino que se sirve de ellas para lograr proyectos de poder. El populismo alimenta un discurso basado en el odio, sin ofrecer alternativas coherentes para construir una sociedad moderna de personas libres y responsables.

Necesita enemigos externos, para alimentar el resentimiento, que es la base de su poder.

Diseña el orden legal para ajustarlo a su medida, dejando al margen los principios democráticos. Utiliza torticeramente instrumentos de la democracia, pero desprecia el verdadero Estado de Derecho y la libertad.

En algunos países se disfraza de militarismo, lo que delata su odio a la libertad y a las sociedades abiertas.

El populismo también se alía con el indigenismo. Articula así su discurso sobre la reivindicación de derechos míticos y la salvaguarda de culturas ante la opresión. Sitúa por encima de los derechos de las personas supuestos derechos colectivos a los que alienta con un mal disimulado racismo. Esta apelación a brumosos pasados de base étnica es una forma de socavar la legitimidad democrática de las repúblicas que hoy conforman Iberoamérica. Repúblicas que nacieron para que a sus habitantes se les reconociera como ciudadanos libres e iguales.

Reconocer la gran riqueza del patrimonio indígena de Iberoamérica no debe impedirnos ver la gran amenaza del populismo indigenista, que es una ideología que odia la libertad. Es un fenómeno que tiene relación con el nacionalismo excluyente de Europa, cuyas consecuencias trágicas tenemos muy presentes, y del que hemos visto su eficacia a la hora de destruir sociedades y acabar con la libertad.

¿Qué podemos hacer?

Me parece que no podemos permanecer inactivos. Y que nuestra responsabilidad está en combatir estas ideas malas con ideas buenas, con propuestas políticas basadas en buenos principios. El precio de no hacerlo es dejar que el populismo triunfe y que condene a millones de iberoamericanos a la marginación, la pobreza y el aislamiento.

Tenemos que elaborar nuestras ideas y propuestas pensando en las personas porque éstas son el centro de la acción política. No hay que creer en paternalismos que ahoguen la capacidad del individuo.

Hay que defender con firmeza la democracia liberal como el único sistema político válido para que la persona se desarrolle con plena libertad. Sólo la democracia y el Estado de Derecho garantizan esta posibilidad.

Iberoamérica es una realidad plena de oportunidades. Pero se necesitan ideas, inteligencia política y voluntad para que esas oportunidades den sus frutos.

En la Fundación FAES nos comprometimos hace mucho tiempo a trabajar por el futuro de Iberoamérica. FAES existe para pensar el mundo en que vivimos, para buscar respuestas a los problemas.

FAES entiende que Iberoamérica es una parte substancial del mundo occidental, con el que comparte valores de alcance universal: la democracia, la libertad política y económica, la igualdad entre hombres y mujeres, el respeto a los derechos humanos, el Estado de Derecho. Y la vigencia y la perseverancia en la aplicación de esos valores constituyen el único camino válido para lograr el completo desarrollo de las naciones Iberoamericanas.

Por esta razón, junto con los muchos amigos que tenemos en Iberoamérica, como la Fundación Rafael Preciado Hernández, la Fundación FAES está decidida a elaborar una propuesta estratégica para Iberoamérica. Una agenda con ideas políticas, económicas, culturales y de integración basadas en nuestros valores y principios.

Esta agenda tiene un norte. Iberoamérica tiene que estar en su conjunto con los países que tienen éxito. La apertura al mundo, la liberalización e integración de los mercados, la lucha contra la pobreza, el fortalecimiento de las instituciones democráticas, la seguridad jurídica, todo ellos son requisitos imprescindibles si queremos despejar el futuro de Iberoamérica.

Estoy convencido de que podemos trabajar juntos para conseguir un futuro mejor, fortaleciendo nuestras ideas y nuestras convicciones. Tengo también la certeza de que este seminario es un paso importante para que las ideas de la libertad triunfen en Iberoamérica. Así podemos contribuir a que las oportunidades que tiene Iberoamérica se conviertan en una realidad de progreso, desarrollo democrático y libertad.